

El Quehacer Cultural

Nueva Época No. 9 Enero de 2023 Diseñador: Humberto Oliva Editora María Gpe. Moreno



El Quehacer Cultural

Contenido:

[El único beso *María Guadalupe Moreno Robles*](#)

[Poema triste *Rosa Martha Pineda*](#)

[Anhelo de Primavera *Dr. David Valladares Aranda*](#)

[Tributo a mi Alumna *Mina Ontiveros*](#)

[Aamigo Joan Sebastián *por Andrés González Prieto.*](#)

[Cambalache *Silvia Rousseau*](#)

[Conmigo *Fernanda Olguín*](#)

[Dónde, *Socorro Contreras*](#)

[Ecos en la eternidad *José Ángel López León*](#)

[La colonia donde vivo *Alejandro Mungarro*](#)

[La mujer vestida de blanco *Beatriz Vega López*](#)

[Las mascotas de Sofía *Sandra Mortis*](#)

[Por amor *José María Ruiz*](#)

[En los ojos de la ballenas que migran *Lucía Cornejo*](#)

[Poemas: inconsciencia y viajeros *Magda Irma Palomares*](#)

[Noche de Neón *Adolfo González*](#)

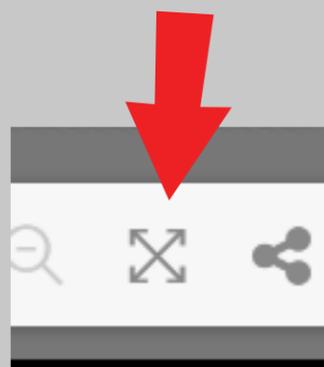
[Viento Nocturno *Humberto Oliva*](#)

[Una Aventura \(2\) *Isidoro Germán*](#)

[Abuelita ¿Cuándo quitas el arbolito? *América Pina Palacios*](#)

[¿En verdad escribió José Vasconcelos? *Héctor Rodríguez Espinoza*](#)

Como sugerencia le recomendamos que presione el botón de extender en el menú de abajo para una mejor visualización de El Quehacer Cultural en su celular



EL ÚNICO BESO

María Guadalupe Moreno Robles

—Abuela, ¿por qué lavas?

—Porque la ropa está sucia, niña.

—Abuela, ¿por qué mueles en el molino?

—Porque hay que hacer tortillas para comer, niña.

—Abuela, ¿por qué sacas agua de la noria?

—Porque hay que regar el patio y las flores, niña.

—Abuela, ¿por qué no ríes?

Y la abuela no contestaba.

Apuraba el paso y pareciera que con sus fuertes pisadas quisiera hundir la tierra, mientras metía al corral con sus “uchis”, “uchis” a las gallinas y a los güijolos.

Después, sentada en su mecedora a la sombra de la acacia, lentamente, muy suavemente, se mecía y con el mismo vaivén tomaba el “echo” que siempre estaba sobre aquella mesita de guásima esperando las manos de la abuela que, tarde, tras tarde, en un ritual silente peinaba las largas y

negras trenzas; tan largas y negras como las enaguas de la abuela donde me acurrucaba intentando, tarde tras tarde, descubrir qué miraban sus ojos grises, ausentes, de uno al otro lado del río cuando las sombras bailarinas de los álamos y los penachos de las palmas (que a mí me parecían mágicas) simulando figuras de fantasmas o de brujas que se escondían en el río para que el sol no se las llevara.

Eso miraban mis ojos intentando descubrir qué miraban los ojos de la abuela que, finalmente, se

clavaban en la canoa “Cristina” y allí se quedaba hasta que el sol se perdía entre los álamos y las palmas.

Las lágrimas tornaban sus ojos grises en verde melancolía y yo lloraba con ella, y le preguntaba cada tarde

—¿qué miras en la canoa, abuela? —

y cada tarde me contestaba: —a mi raza, niña—mientras su tosca mano acariciaba mi cabeza.



Una mañana, (recuerdo que fue una mañana de octubre, porque había muchas caléndulas, la tierra húmeda matizaba la entrada al portal) llegaron mis padres y platicaron con ella. A mí, nada me dijeron, nada me preguntaron. Me arrancaron de los brazos de la abuela india. Ella quedó allí, junto a la canoa “Cristina”, silenciosa, quieta, acariciando sus largas trenzas, tan largas como su tristeza...

Han pasado muchos años, la abuela cumplió 97. Soñé que la visitaba.

Abuela, le digo, mientras acaricio sus blancas trenzas, tan blancas como el chal que la cobija ¿por qué no platicas?

—Porque no hay nada que platicar niña.

—¿Abuela, porqué vives sola?

—Yo no vivo sola, niña —me dice—

en esta vieja casa más vieja que yo, están escondidos mis recuerdos, me acompañan mis padres y mis hijos, estás tú, niña yori. Siempre has estado tú.

Me acerca a su regazo. Me da un beso. El primero, el único beso de mi abuela. Y duerme. Duerme y sonríe. Su primera y última sonrisa ilumina su rostro de noble anciana.

Despierto sudorosa, asustada. Sé que se ha ido. Me llevó hasta ella para que la despidiera. Su magia me llevó hasta ella. Cierro los ojos. Temblando paso

mi mano sobre su frente arrugada y la deslizo hasta los párpados que esconden sus ojos grises.

Salgo de la vieja casa. Me siento en el suelo a la sombra de la acacia. Ya no están la mecedora ni la mesita de guásima y su inseparable “echo”. Ya no está la abuela. Los álamos y las palmas ya no tienen magia.

Vuelvo a despertar. Se ha ido la abuela, pero me llevó hasta ella para darme un beso, el único beso de la abuela, el último. La magia de los yoreme pocos la entienden. Yo la conocí al lado de la abuela.

POEMA TRISTE

Mi voz se va desprendiendo
del pensamiento desnudo
donde la fe agoniza
luchando por seguir viva.

En su triste lamentar,
los testimonios reclaman,
para así sostener su alma
que lentamente se escapa.

Mi voz desgarrá lamentos
en quietas alboradas,
lágrimas desgarrá mar adentro
y el corazón las engarza.

Mi pensamiento ya es frío.
Agotó el calor de su alma,
Mi corazón agoniza.
¡Le están clavando una estaca!

Rosa Martha Pineda

ANHELO DE PRIMAVERA

Miro la noche estrellada
y descubro la inmensidad del universo.
Con la esperanza del mañana,
me refugio en la imaginación y el sueño

En el pronóstico del clima, el sol brillaría,
al despertar, la nieve invade el espacio.
Lentejuelas plateadas caen, persistentes.
El suelo se cubre de blanco tul.

Dios es un sabelotodo,
no cree en las adivinanzas de los hombres.
A pesar de los augurios
decide que en Othello caiga nieve.

Reconozco que él sabe más
Y dictamina el tiempo fértil y el estío.
Envía la nieve para que germine la tierra
y surjan flores y frutos a su tiempo.

Cuando el campo se vista de colores,
la fragancia de la menta perfumará el valle,
los polluelos se levantarán de su nido.
Othello tendrá el dulce aroma de la primavera,

Dr. David Valladares Aranda



TRIBUTO A MI ALUMNA

Mina Ontiveros

*¡Ob, esa niña!
Hace un alto en mi ven-
tana siempre, y se queda
pegada a los cristales como si
fuera una estampa.*

León Felipe

Y de repente —como una aparición—, ahí estaba ella, sonriente, pegada al cristal de mi ventana. La ausencia de un diente frontal la hacía lucir más cándida. Su nariz chata, por la presión del vidrio; sus ojos y los míos se encontraban. Yo le hacía un guiño y ella ampliaba más su sonrisa franca.

Día a día la esperaba. Mientras su rostro aparecía, yo me tomaba un café. Desde la pequeña casa blanca que habitaba, podía mirar el patio de la escuela y ver los primeros alumnos que llegaban. Tomaba mis libros y con Triny de la mano me encaminaba hacia la escuela.

Ella era mi alumna de primer grado: inteligente, simpática y curiosa. De figura delgada. Dos

trenzas enmarcaban su rostro. Gozaba escribiendo sus primeras letras.

—¿Maestra, por qué Andrés se va sin desayunar a la escuela? Él se aparta cuando todos tomamos nuestro lonche.

—Porque a veces el dinero no es suficiente.

—¡Le compartiré mi lonche! — Guardó silencio unos segundos y me dijo: ¿Cree que lo acepte?

—Claro, Triny, estoy segura.

Mi primer año de trabajo, casi con 20 años de edad. 1977. Con todo el ímpetu de aportar un granito de arena a la educación de mi país. Anhelos que mi madre y mis maestros me habían inculcado.

Había un libro que me acompañaba siempre: Summerhill, del pedagogo inglés A. S. Neill. El título viene del nombre de una escuela fundada en una aldea al sur de Londres, pionera

en el movimiento de las “escuelas libres”.

Mi lugar de trabajo se prestaba para poner en práctica esa hermosa pedagogía basada en los principios de libertad, felicidad, amor y respeto. Era una escuela unitaria. Yo, como única maestra y además directora (comisionada), impartía los cuatro primeros grados de educación primaria, con grupos de 10 a 15 alumnos.

Con nostalgia recuerdo los momentos en que mis alumnos y yo creamos el jardín y con ayuda de padres de familia hicimos largos surcos para sembrar hortalizas. También rotulamos sobre la pared de la única aula el nombre de la escuela: Josefa Ortiz de Domínguez. Ese mismo año escolar se construiría una segunda aula.

El pequeño pueblo llamado Ejido El Yaquí, municipio de Guaymas, Sonora, tenía alrededor de 250 habitantes que desempeñaban

labores agrícolas.

Por las tardes, después de clases, era una algarabía; los niños tomaban las calles por asalto, como si fueran grandes patios.

nervioso, sudoroso. Abría tanto sus ojos que parecían salir de sus cuencas.

—¡Maestra, maestra! ¡Triny, está debajo de un carro grande, no se mueve!

parte. Muchas imágenes desfilaban por mi memoria: Triny escribiendo, Triny yendo por mí, cada mañana; Triny compartiendo su lonche, Triny sonriendo sin su diente... Mi pequeña alumna ya no leería más, ni buscaría mi mirada a través del



El calendario avanzaba, hasta que una tarde de primavera, ellos se divertían formando una rueda, tomados todos de las manos. Daban vueltas y vueltas sin parar; la insostenible velocidad de los giros hizo que Triny —mi pequeña alumna— se soltara de la ronda, yendo a parar bajo las llantas de un camión de carga pesada que pasaba por ahí.

Andrés llegó hasta mí, llorando,

Corrí. Al llegar vi su cuerpo, yacía en el suelo cubierto por una sábana blanca. Dudé unos segundos. Dejé caer mis rodillas en el suelo. Mis manos temblaban. Descubrí su rostro. La imagen de su cara desfigurada me dejó aturdida. Ahogué un grito con mis manos, mi cuerpo sacudido por el llanto. Me negaba a aceptar esa desgracia, esa terrible tragedia.

La cubrí de nuevo, permanecí de rodillas con la mirada en ninguna

cristal de la ventana.

Otro día, la llevamos en una cajita muy blanca al panteón de un pueblo cercano, lugar donde llegó a la vida. Muchas veces, durante cientos de mañanas continué viendo su cara en el cristal de mi ventana.

La vida siguió. Yo ya no marchaba hacia la escuela, pero Triny persiste en mi memoria.

Amigo Joan Sebastián

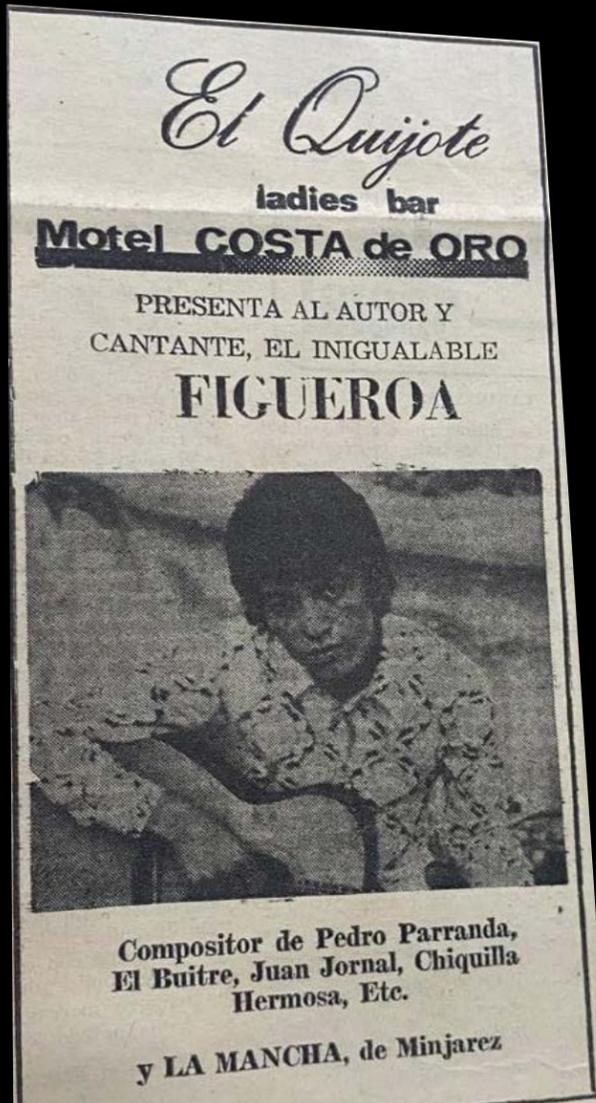
por Andrés González Prieto.

Cuando nos conocimos, fue un encuentro casual, nos citaron como todos los lunes al Quijote del Motel Costa de Oro para practicar con el artista semanal, era un joven cantautor de esos de protesta, con canciones de doble sentido intelectual, sí, como Napoleón el de "Vive".

Una de esas canciones era "El Buitre" "el buitre llegó volando, disfrazado de paloma", el joven llegó disfrazado de cantante setentero, influenciado por Bob Dylan, Joan Báez, sin duda, con su morral al hombro de sueños por realizar, con sus canciones a boca de piel y el estómago sin muchas pretensiones. Sencillo, sin acento chilango, humilde, ojos verdes, medio cacarizo, delgado, servicial, amigable en busca de simpatías.

No necesitaba acompañamiento musical, pues no traía papeles, además sus canciones sólo las conocía él y el selecto público que gustaba de ese perfil musical, que promovió mucho los festivales OTI en esa década.

De hecho, era un artista de retaque, traído por un promotor que por sueldos de hambre lo promocionaba, con un 30% de gastos de representación y a veces más.



Por lo general no convivíamos con los artistas después del show, los martes iniciábamos la jornada y terminaba el sábado, cuando las luces se apagaban para el público, una botella de Bacardí "El pomo", puesta por el artista agradecía que por fin el sábado saliera bien el show que ensayamos el lunes.

El debut del "Chamaco Figueroa" el martes; normalmente con poca asistencia, convenció a los parroquianos, que sin hacerle mucho caso a las letras de protesta, el joven (por recomendación) intercalaba melodías conocidas como "Paloma negra" alguno que otro bolero, "el rey" sabiendo que así podía darle entrada a sus canciones desconocidas "Ahora si me permiten, les voy tocar una canción mía" la gente se envolvía en aplausos como flashes de entrevista.

Ahí estaba el Chamaco Figueroa tratando de gustar al respetable, aguantando las pláticas de un público que poco le importaban los sueños de un artista en ciernes. Él, a través de las lámparas visualizaba su futuro, algún día conquistaría la fama (me lo diría,

en lo personal), pasaron los días, llegó el sábado, apareció el pomo y convivimos meseros, músicos y artistas.

El lunes, antes de ensayo, listos para saber a qué artista acompañaríamos, no extrañó ver al futuro Joan, ahí con cara triste de vivir una experiencia desagradable, el promotor había pasado por su liquidación artística y

no le había dejado ni para el camión de regreso al D.F. o a Guerrero, menos para comer.

Ricardo González el dueño del hotel le dejó que siguiera ocupando el cuarto, pero la comida sería responsabilidad de él, los siguientes quince días, creo que hasta trabajó en la lavandería del hotel, los meseros y músicos le hicimos una carne asada y yo tuve la oportunidad de conocer algunas de sus experiencias como persona. Alguna vez lo llevé a cenar al mercado municipal cabeza y en otras carne asada y hot dogs. Antes de irse (creo le mandaron dinero para el regreso) me firmó una foto del Chamaco Figueroa con esta dedicatoria "Con afecto a mi amigo Andrés de tu amigo de veras" firmado Figueroa (Juan Manuel)

Ya no lo volví a ver, supe que se había ido a Estados

Unidos y a los pocos años, se comenzó a escuchar su "Juliantla" y de ahí a los brazos de la mujer que más amo, la reina de sus desvelos, de sus inspiraciones comerciales (al diablo las protestas) esa musa que todos perseguimos: La fama, con sus adulaciones, francachelas, mujeres, dinero, contratos, caballos, ranchos, midas discográfico y en el fondo el mismo chamaco Figueroa sin oropel.

Después de nuestra corta amistad,

nos vimos (mejor dicho, lo vi) 3 veces, las mismas en palenques, dos en obregón y la última en Hermosillo en la expo. En la primera, nos reconocimos al terminar el show, yo en la valla, gritándole, voltea, y me dice Andrés (para eso fui el único que 25 años después le gritó "chamaco Figueroa") ¿qué estás haciendo ahí?, les pidió a sus guaruras me abrieran



paso y me introdujeron al camerino. Espero que te acuerdes de mí, ¡claro cómo olvidarlo!... Revivimos las experiencias pasadas, nos reímos, me dio su teléfono y me dijo "Lo que se te ofrezca".

A todos mis amigos les presumía que era amigo de Joan Sebastián, pocos me creían, la última vez en la expo ganadera de Hermosillo, mi hijo, locutor de una radio de Tucson, (traía una caravana de fans radiofónicas a ver a Joan) me

preguntó ¿y de verdad es usted amigo de Joan Sebastián? ¿No lo crees? ¡A ver demuéstremelo!, nos metimos a un túnel y llegamos al camerino, nos acompañaban dos chicas de la caravana. El guarura me preguntó qué desean? ver al señor Figueroa, le comenté, dígame que lo está esperando el Sr. Andrés González de Ciudad Obregón, del motel Costa de Oro. Regresó y me dijo _dice el señor Sebastián que lo espere un segundo. Salieron las personas y veo a un José Manuel, empequeñecido (ya estaba en tratamiento contra el cáncer) me recibió con un "¿Qué pasó mi amigo Andrés? " Te di mi teléfono y nunca me has hablado.

Mira no te he hablado porque no he ido a México, además siempre estás fuera de la ciudad, me conformo con ser

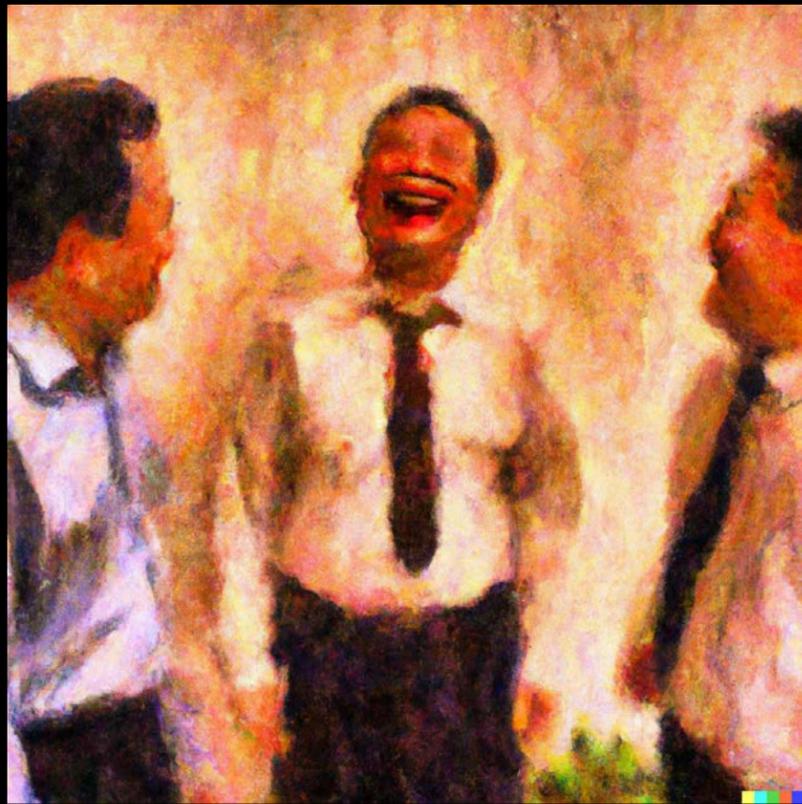
tu amigo y presumir de ello. Mira te presento a mi hijo es locutor en Tucson.

Mi hijo no cabía de orgullo, de que su papa fuera amigo de un gran artista (o que, por primera vez, una mentira, resultara cierta), se tomó fotos con él y las chamacas, me despedí por última vez de mi estimado amigo "El Chamaco Figueroa" "El buitre pasó, disfrazado de paloma" Descansa en paz chamaco, de tu amigo de veras.

Cambalache

Silvia Rousseau

Mis colegas de la Facultad de Medicina, Generación 72 de la UNAM, realizan encuentros anuales uniendo lazos de la vieja amistad de juventud. Nunca he creído que en esas reuniones se viaje en el tiempo, porque de aquellos jóvenes ni el polvo queda, con los años somos otras personas, hemos envejecido y cada quien aprendió otra forma de endulzar la vida. Recuerdo que en aquella época fuimos pocas las mujeres que pisamos una universidad. Recibí una llamada nocturna y me indicaban que la reunión se estaba llevando a cabo en Hermosillo, con tiempo anuncié que no iría, pero al notar mi ausencia hubo quienes decidieran desplazarse a Obregón para saludarme, entonces me pareció una descortesía hacerlos viajar, doblé las manos y me desplazé a la capital. Tomé la maleta y subí al auto sin ánimo alguno, como si me esperara un muerto. Después de cuarenta años los tuve de nuevo frente a mi ¡Chin! casi no los reconocí, ellos notaron en un segundo que ya no estoy flaca. Lo importante es lo interior pensé, pero no fue el caso, qué desilusión y tristeza porque en ese



mismo segundo los abusivos se transparentaron, ¡carajo! seguían siendo los mismos misóginos de ayer, controladores, competitivos como escolares, los que veían a sus compañeras como seres secundarios, lunas orbitando cerca de ellos. Seguíamos siendo unas frescas que no entienden un albur, chicas inexpertas que se pueden agredir con la palabra soez, descalificarnos por diversión y otras situaciones injustas. Íbamos en una camioneta camino a la playa, mis compañeras no dijeron nada de la desfachatez de los señores, estaban acostumbradas al maltrato verbal y hasta cerraban el círculo del machismo aceptando todo con abnegación. Me sentí mal, me quejé del bulling, quise decir que ahora soy una señora mayor,

exigir respeto. No llegué a pronunciar nada, porque una de las compañeras expresó esta joya que no tiene desperdicio: “No seremos molestadas si no damos motivos”. Entonces en mi lengua se paralizó un: ¡chinga su madre! Llovía en Hermosillo, el agua estaba fría como el baño

del pasado que había recibido en pleno siglo veintiuno. Arremoliné mi anatomía en el asiento de la camioneta y distraje mi mente con: “Cambalache”, sabrá Diosito si alguno de los enlatados en el vehículo, iba a comprender el alcance de ese tango, pasa otro siglo y continúa vigente, tan actual. Qué pensaría si su autor, Enrique Santos Discépolo, fuera con nosotros en el carro y viera que, así como van las cosas, en el rubro de la desigualdad nada ha cambiado, si él viera que las mujeres estamos jodidas por los siglos de los siglos; palabra va palabra viene, en este siglo de avances tecnológicos y globalización, la pudrición del alma lo invade todo y será por eso que, feminicidio va, feminicidio viene...

“Cambalache”

Enrique Santos Discépolo

Que el mundo fue y será una
porquería
Ya lo sé...
¡En el quinientos seis
Y en el dos mil también!
Que siempre ha habido chorros
Maquiavelos y estafaos
Contentos y amargaos
Valores y dublé...
Pero que el siglo veinte es un
despliegue
De maldá insolente
Ya no hay quien lo niegue
Vivimos revolcaos en un
merengue
Y en el mismo lodo
Todos manoseaos...
¡Hoy resulta que es lo mismo
Ser derecho que traidor!
¡Ignorante, sabio o chorro
Generoso o estafador!
¡Todo es igual!
¡Nada es mejor!
¡Lo mismo un burro
Que un gran profesor!
No hay aplazaos
Ni escalafón
Los inmorales
Nos han igualao
Si uno vive en la impostura
Y otro roba en su ambición
¡Da lo mismo que seas cura
Colchonero, rey de bastos
Caradura o polizón!
¡Qué falta de respeto, qué atropello
a la razón!



¡Cualquiera es un señor!
¡Cualquiera es un ladrón!
Mezclaò con Stavisky va Don Bosco
y “La Mignón”
Don Chicho y Napoleón
Carnera y San Martín
Igual que en la vidriera irrespetuosa
de los cambalaches
Se ha mezclaò la vida
Y herida por un sable sin
remaches
Ves llorar la Biblia
Junto a un calefón.
¡Siglo veinte, cambalache
Problemático y febril!
El que no llora no mama
Y el que no roba es un gil
¡Dale nomás!
¡Dale que va!
¡Que allá en el horno
Nos vamo’ a encontrar!
¡No pienses más
Sentate a un laò
Que a nadie importa
Si naciste honraò!
Si es lo mismo el que labura
Noche y día como un buey
Que el que vive de los otros
Que el que mata, que el que cura
O está fuera de la ley.

Conmigo

Por: Fernanda Olguín

Antes de casarnos, no, no... antes de comprometernos... tampoco así.

Antes de empezar alguna relación sentimental por más sencilla que sea deberíamos mirarnos frente a un espejo y hacer votos con nosotras mismas, hacer un compromiso y un juramento hacia nuestra persona, incluso cuando vayamos a hacer cualquier cambio importante en nuestras vidas.

Prometo serme fiel
en lo próspero y en lo adverso,
en la salud y en la enfermedad,
con o sin pareja, siempre devota a
mí
respetando mis ideales
y nunca olvidando quién soy.

Me comprometo aceptar mi cuerpo
cambiante
venerarlo como el templo creador
de vida que es,
besar mis cicatrices de batallas
ganadas y perdidas.

Prometo no reprocharme errores
sino aprender y crecer de ellos.
No dejar de lado mis sueños
ni perder mis ideales.
Levantarme cada vez que caiga
no sin antes besar mis manos que lo
intentaron.

Juro amarme y respetarme
por el solo hecho de ser yo.
Enamorarme cada día
de la del reflejo en el espejo,
ser plena conmigo misma
todos los días de mi vida,
hasta que la muerte venga a lle-
varme.



Tomado del libro
«A los 36, reflexiones de maternidad,
crisis temprana y autodescubrimiento»

DÓNDE...
Socorro Contreras

Dónde estabas cuando los dioses
y diosas esparcían su dosis
de magia, embrujo y natura?
Dónde las manos hurtaban caricias
trémulas de amaneceres
de dorados horizontes.

Y la leyenda de la libertad
y utopías vivían en poemas
de grandes hombres y mujeres
únicas,
que brotaban de la espesura,
de lo ignoto y cercano.

¡Ay! la caricia
¡ay! el verso
¡ay! el éxtasis de seres
que se amaban
en el monte de lo indescifrable.

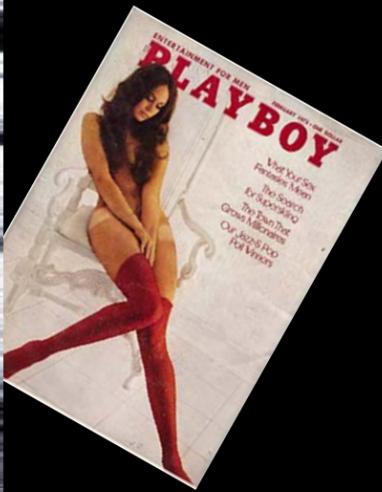
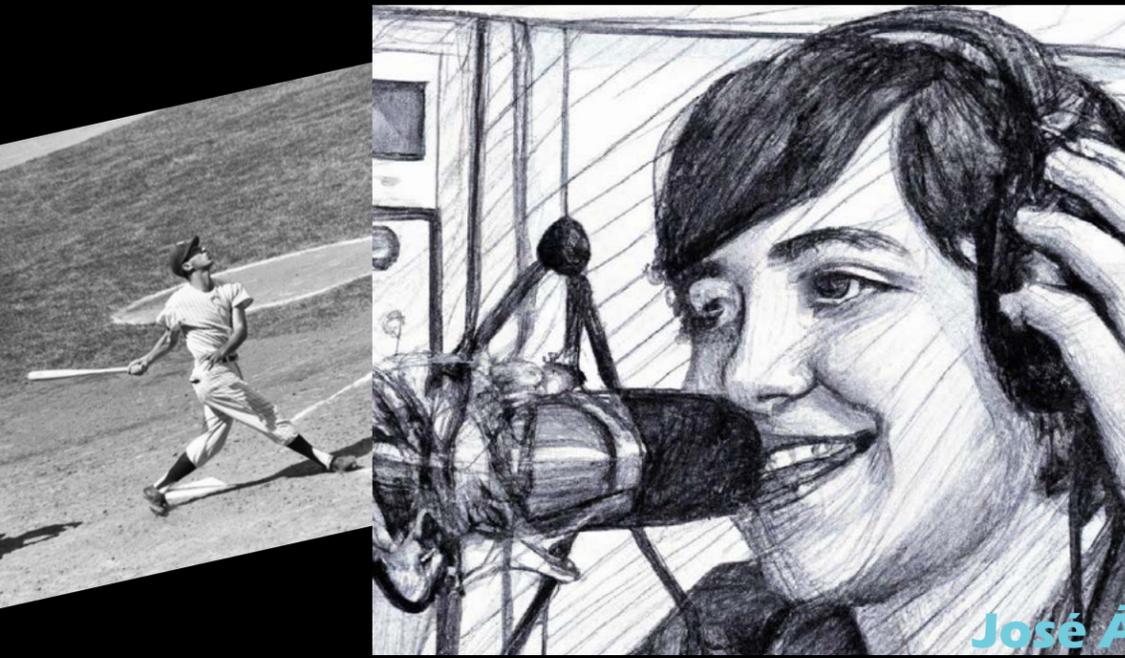
Amor eterno se juraban
bajo la luz caprichosa
de la luna antigua.

Aún las voces no callan
ningún secreto cercano o arcano,
aún el viento mece la tenaz brisa
de la movediza ala del tiempo
que avizora que entre el desierto
e inquietante bosque
aún existen aguas vivas
que lo esparcen
con la musicalidad vibrante,
intrínseca del universo.

¿Dónde estabas? Dónde...
dónde estás...
dónde...



ECOS EN LA ETERNIDAD



José Ángel López

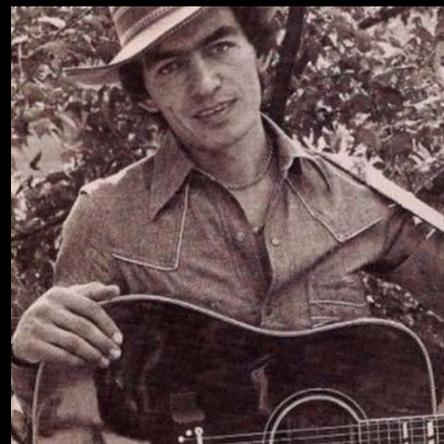
Dicen y con razón que recordar es vivir y que el pasado es irrecuperable, pero que siempre está presente. Creo que por eso echamos la vista atrás y hurgamos de vez en cuando en el baúl de los recuerdos buscando aproximarnos al pasado para rescatar del olvido pasajes de la época dichosa de la dorada juventud. Desempolvar los días de sol en que se abría un horizonte ilimitado, o por lo menos así lo creíamos.

Vuelvo a 1973, desde entonces han transcurrido 50 años, medio siglo más ni menos y los acontecimientos de los que fuimos testigos latén aún en quienes estuvimos ahí, viviendo, gozando, sufriendo, dejando paso a los sucesos a nuestro alrededor sin darles la mayor importancia; sin embargo, al paso del tiempo la pátina los cubre de un colorido y fragancia entrañables.

Así, me veo en la cabina de transmisiones de XEHX colaborando a mis floridos 20

años con Eduardo López Armenta, en su noticiero mañanero de las 7, haciendo mis pininos como locutor y reportero radiofónico.

Todavía siento vergüenza por aquella metidota de pata ante el micrófono y las carcajadas del estimado López Armenta, cuando José Ángel daba la noticia del inicio de la temporada beisbolera 1972-1973 y en lugar de decir la palabra mágica ¡playbol! Dijo muy orondo play boy, no sé en qué estaba pensando, probablemente en la famosa revista de ese nombre.



El gazapo trajo suerte al equipo de los Yaquis, pues se llevaron el gallardete de campeones al vencer en trepidante duelo final a los Mayos de Navojoa 1-0.

Una tragedia a la que los habitantes de Cajeme no estábamos acostumbrados ocurrió una fría madrugada en la que el joven José Luis "N" fue asesinado a las puertas de su casa al dispararle varios balazos. El crimen conmovió a todos los pobladores de una comunidad de 183,000 almas.

1973 será recordado por la gran cantidad de luminarias faranduleras que visitaron nuestro terruño, entre ellos, Lola Beltrán, Vicente Fernández, Ana Bertha Lepe, Lupita D'Alessio, Manoella Torres y mejor no le sigo porque la lista es larga.

Mención aparte merece detenernos en un joven cantautor poco conocido llamado Figueroa, presentándose en el Quijote del Motel Costa de Oro por unos cuantos centavos. Joan Sebastian (José Manuel Figueroa)

recorría las radios locales con sus discos bajo el brazo promoviendo sus composiciones: El Buitre y Pedro Parrandas.

«Pedro Parrandas mira donde andas, mira al cantinero ya tiene dinero ya no necesita que tú le des más, deja que trabaje, que la panza baje, que a todos los pedro no explote más».

A lo mejor el tal Pedro empinaba el codo en el bar El Farol en que los tarros de cerveza bien fría costaban dos pesos. O tal vez disfrutaban las fiestas carnestolendas en La Ostra con máscaras disfraces y mucho baile al ritmo del conjunto IQ y su cantante Carlos Apodaca y por si hiciera faltan, también Tony Carrión listo para entrar al quite.



Un principio de año trepidante vivimos los primeros meses de 1973 con marchas, mítines y zafarranchos escenificados por los estudiantes del ITSON en duros enfrentamientos con la policía.

Imposible olvidar el primaveral mes de abril en que la muchachada trataba de entrar a la fuerza a los elegantes salones del Club Campestre a disputarle la palabra al candidato a gobernador de Sonora, Carlos Armando Biebrich y la consiguiente represión dándose el intercambio de pedradas, garrotazos, balas de goma



Termino por lo pronto, este ejercicio de nostalgia cantando con Violeta Parra, la canción "Volver a los diecisiete"

y muchos descalabrados.

Estos mismos estudiantes arrebataron audazmente al alcalde Hernando Pola el micrófono en la ceremonia de develación de la estatua de Don Benito Juárez García, el 19 de marzo.

Temporada convulsa en el ITSON cuando sus estudiantes fueron satanizados por la prensa, (menos en nuestros noticieros). De mafufos no los bajaba el columnista estrella de Tribuna del Yaqui, Enguerrando Tapia, mejor conocido por la raza brava como "embarrando tapias".

Rememoro la mañana en que una ansiosa voz femenina preguntaba por teléfono a la radio, cuál era el número del premio mayor de la Lotería Nacional y su grito de júbilo al informarle que el "gordo" con el número 22717 cayó en Obregón con una derrama de seis millones de pesos entre los suertudos cajemenses.

También estarán cumpliendo el cincuentenario de haberse establecido en nuestro medio, el Parque Infantil inaugurado el 26 de noviembre y la Biblioteca Pública que abrió sus puertas el 5 de mayo. Tiempo después se le dio el nombre de "Jesús Corral Ruiz".

Volver a los diecisiete después de vivir un siglo, es como descifrar signos sin ser sabio competente. Volver a ser de repente tan frágil como un segundo volver a sentir profundo como un niño frente a Dios eso es lo que siento yo, en este instante fecundo.



LA COLONIA DONDE VIVO

Alejandro Mungarro Daniels



En la nevería del parque de la calle Chapultepec y Zacatecas, en horas de la tarde tocaba la rockola música de los APSON: Cuando era un Jovencito, Bule Bule, Déjenos a Solas, Triste Luna y luego los Creedence Clearwater Revival con su My Baby Left Me, Have You Ever Seen the Rain, Susie Q. entre otros.

A esa hora se empezaban a juntar “los rebecos” como abejas del enjambre, rebecos con el pelo envaselinado, con esa vaselina que compraban en la botica de “don Lupe”, a un peso, envuelta en papel de lastre que alcanzaba para cuatro o cinco días; rebecos peleoneros que

día con día esperaban a los rebecos de la colonia Constitución o de los del Centro para aventarse un tiro. Rifaba la mariguana, no había vino ni cervezas, sólo mariguana y uno que otro que ya se animaba a absorber thinner. Rebecos que apostaban a demostrar quién era el más chingón de todos y para eso habría que aventarse “tiritos amistosos”, demostrar el arte de tirar patadas y manejar el cinto con el grito de ¡dale, dale! de uno y otro lado de los contrincantes y seguidores que cada líder traía y el tiro terminaba hasta que uno de ellos tendría que rendirse, esto con el grito de ¡ya estuvo, ya estuvo!

Así se daba fin al tiro aquel, luego el ritual de levantarse e irse con su grupo con el grito de ¡tamos entrados carnal! La respuesta del otro lado igual, ¡tamos entrados!

Ahí estaba el Ricardo Cadena, chapito, moreno, pelo lacio y largo, casi sin ningún atractivo físico que tal vez por eso quería demostrar que era más que los demás y se adiestró en el manejo de su cadena que la hizo utensilio para pelear y su nombre adquirió un poco de respeto. “El Chiuli”, también chaparro y más peleonero que los demás. “El Chuyeco” de la Solís; El Murillo,



zangoloteando el cuerpo al caminar como si estuviera todo descuacharrangado, además de su caló, pretendiendo así llamar la atención que era el mejor en tirar las patadas siendo sus pies el arma para demostrar que era el más intrépido en las peleas y por eso tenía también un poquito más de fama que los demás y decían “ahí viene la raza del Murillo” con el “Chana”, “el Lupillo”, “el Goyo” y la raza de por acá del lado de la Trescientos, la raza de “los Rojos” y “el Chiuli”, “el Arpa”, “el Ciego”.

Otro no tan peleonero pero bien conocido en el ambiente de las pandillas por su lema de Peace and Love, su motita y su thinner bajo el brazo, el mentado Braulio Carrillo que durante toda su vida le fue fiel a esa sustancia, con su cuerpo alto y delgado como figura de don Quijote. No hay armas en los pleititos, como que nadie lo podría creer, nada de armas ni blancas ni de balas, puño limpio y patadas, después alguien metió las cadenas y luego los chacos.

Yo me acuerdos de todos ellos, a veces los miraba con miedo.

Lo de los pleitos con los rebecos de las otras colonias, eso es otro cuento. Aquí se juntaban todos los del Murillo y los de la Trescientos, los del “Arpa”, los del “Chiuli”, para darse tiros con los intrusos que venían de la Constitución comandados por un tal “Liebre”, “el Carlos Vicio”, el mentado “Roper”, “el Balam” o los

del Centro comandados por el mentado “Garrafón” y “el Lacra”, entre otros.

No me acuerdo cuántos pleitos ganaron cada uno de ellos y por consecuencias tampoco sé cuántos perdieron. No hay nada de estadísticas. No habría porque ni como llevarlas.

Pasó el tiempo, pasó como un suspiro. Yo el paso del tiempo lo noto en las ausencias, en mis manos, en los recuerdos que se van apilando en mi memoria.

Me acuerdo pues de aquella vieja crica, unos ahí andan todavía caminando por estas calles de Dios, de la Colonia Cortinas, que ya no se llenan de soquete, pero sí de baches, a veces de regular tamaño; a algunos les dio por irse en busca del sueño americano, a otros rebecos de aquel entonces nunca les fue bien en la vida, parecía que todo el tiempo los trataba mal y anduvieron siempre trastabillando, hasta que un día Dios los recogió en su seno y se metieron en el sueño eterno.

Hay otros que se han perdido de vista, o al menos de la mía, deben de andar por ahí, por esos caminos de la vida, ya vez que la vida tiene muchos caminos, deben de andar por uno de ellos, un día de estos me los habré de encontrar, como me encontré al “Luisón”, a fe mía que al “Luisón” le dio gusto verme, porque me gritó: ¡Dios te bendiga, Hermano! Yo apenas alcancé a decirle, tal vez por la falta de costumbre de utilizar ese lenguaje, a ti también.

Luego me fui cavilando y concluí que lo más probable y cierto es que Dios si nos haya bendecido, porque nos encontramos después de cuatro décadas de ayer.

Hace unos días me paré en la esquina de las calles Zacatecas y Chapultepec, donde fue el parque de los rebecos. Bailaba en mi memoria la canción aquella, que dice:

Abran cancha caballeros, los voy a molestar, atrasito de la raya que voy a trabajar, hágaanse a un lado, hágaanse a un lado, que voy a...

Me quedé con ganas de darle un abrazo al Luisón, de esos abrazos que se dan los amigos.



La mujer vestida de blanco

María Beatriz Vega López



Una mañana fría de invierno, la Tichi se quedó sola en el departamento, en el edificio Guanajuato, en Tlatelolco, Distrito Federal, Aprovechando el tiempo, leía “El Alquimista” o “El vendedor más grande del mundo” de Og Mandino. Se cansaba de leer y dejaba caer el libro en su pecho para descansar un poco y a los minutos proseguía y quizá se durmió y soñó, aunque ella cuenta que estaba despierta cuando escuchó una voz en su oído derecho que le habló por su nombre en secreto en tres

ocasiones y le preguntó ¿Recuerdas esta casa donde ibas en vacaciones? Y frente a ella estaba aquella casa blanca muy linda con la vista hacia el norte, era una casa que le gustaba mucho visitar cuando era niña. Su tío Cornelio era el responsable de la maquinaria que allí había; muy amplia y hermosa, rodeada de unos hermosos jardines; en la parte sur la hilera de grandes palmeras rasgando el cielo sin descansar, danzando con la música del aire al natural. El escándalo de las aves al amanecer

o la parvada de zanates (chanates) comiendo los granos de maíz, trigo o ajonjolí. Era el edén, el paraíso, ya que solo había tranquilidad, se respiraba aire limpio y paz. Todos esos recuerdos vividos en ese instante, a través de un sueño, pero cuenta la Tichi que no fue sueño, que fue una premonición, ya que asegura que estaba despierta, o soñolienta, como hipnotizada cuando le dieron una orden: VE A ESE LUGAR, ESCARBA DOS METROS DE PROFUNDIDAD, A

TRES METROS DE DISTANCIA DONDE ESTABA LA VENTANA DE LA COCINA QUE DA AL SUR...¡Y SACA LO QUE ESTÁ AHÍ!

Al llegar el esposo de la Tichi ella le platica detalladamente todo lo sucedido y él presta mucha atención pensando: ya somos ricos, es un tesoro seguramente, ya que en ocasiones ella adivina cosas; me consta...

Pasan algunos años más y se repite esa experiencia escuchando nuevamente esa voz que le habla tres veces por su nombre propio. Vuelve a ver las imágenes de la casa blanca y le da la misma instrucción. En esta ocasión ya no viven en la gran metrópoli, ahora radican en ciudad Obregón. La Tichi ya trabajaba y entre sus conocidos estaba un señor que buscaba “entierros” y rápidamente aprovechó para contarle que ella quería ir en busca de su tesoro. Sin decir lugar, ni santo y señas, le comenta que su tío Cornelio aseguró haber visto en dos ocasiones a una mujer de blanco por la noche, caminando entre la hilera de palmeras y se perdía exactamente frente a la cocina. Su tío platicó también que escarbaron en varias partes, pero no encontraron tesoro alguno. Tres personas más que vivieron en ese campo agrícola vieron a “la mujer vestida de blanco” caminar de oriente a poniente y perderse en el mismo lugar. Se cuenta que algunos trabajadores de ese campo, no dormían de miedo ni ellos, ni su familia.

Una noche la Tichi sueña que está sentada en la playa frente al mar

platicando con una mujer y en la arena húmeda escribe W L K y le pide que vaya a desenterrar lo que está guardado y se termina el sueño. Aprovechando que se avecinaban las vacaciones de Semana Santa, planearon ir al campo agrícola a buscar el tesoro, donde estuvo alguna vez la casa blanca, teniendo permiso previo de su propietario, quien era casualmente compadre del “Buscador de Tesoros”. Acordando dividir en partes iguales lo que ahí encontrarán. Para ello



usaron una retro excavadora y con una cinta métrica tomaron medidas exactas. El nerviosismo se dejó sentir, la emoción y el temor. La Tichi llevaba agua bendita, un rosario y entre rezos y sonrisas empezaron a cavar. Exactamente a dos metros de profundidad y a tres metros de la ventana de la cocina, salió por los aires un gran frasco de vidrio transparente, sellado, repleto de cenizas negras y los interesados acudieron ágilmente para abrirlo con gran precaución; nariz y boca cubiertas y dividieron en tres partes

lo que ahí se encontraron. La Tichi empezó a rezar Padres Nuestros y Aves Marías, a rociar agua bendita y liberar ese espíritu; al instante comprendió que algún día alguien guardó esas cenizas de la “Mujer vestida de Blanco” su alma andaba en pena y necesitaba descansar. He ahí el misterio. El dueño original del campo llegó de Alemania después de la segunda Guerra Mundial (Así se lo dijo el tío Cornelio a la Tichi) De todo lo anterior quedaron muchas incógnitas o quizá decepciones para otras personas de ese Jueves Santo del 2009. Después de lo sucedido, la Tichi quedó en paz y tranquila, al imaginar que había liberado a una ALMA EN PENA y yo en lo personal así lo comprendí también. Además, el sábado de Gloria, estaba recostada en la cama, con sus ojos cerrados, a las tres de la tarde, con sus brazos extendidos como lista para volar, cuando escuchó un susurro angelical que le dijo “Gracias” y al abrir sus pequeños ojos vio en milésimas de segundo

la carita sonriendo de una mujer morena clara, en edad cuarentona, piel al natural, humectada y una melena de color oscura y en su dorso un vestido color blanco. Tiempo después, por motivos de trabajo la Tichi fue a San Juan del Río, Querétaro en el año 2013 y fue a conocer “El museo de la Muerte” y grande fue su sorpresa cuando le pidieron en la entrada, anotara su nombre como visitante, en una libreta grande y desparpajada; la persona que la atendió era idéntica a “La Mujer vestida de Blanco”.

LAS MASCOTAS DE SOFÍA

Sandra Mortis

Salta al árbol porque quiere verla, pero están cerradas las cortinas de la habitación, el hambre acosa y se va a su casa que está enseguida. Entra por la abertura en la puerta de la cocina para él y su compañero.

Sofía lo espera con la comida servida. ¿Dónde andabas?, ¿por qué te escapas más seguido Sisifú? ¡Me tienes con el pendiente de que te haya pasado algo malo! No aprendes al Piruetas que no se fuga, nada más sale cuando lo lleva a pasear Oscar, el vecinito.

El dálmata ya está viejo y se la lleva echado extrañando a su pareja llamada Sombras que hace un mes murió. Creo que pronto la seguirá, piensa Sofía desconsolada.

Sisifú se acomoda en su tapete y descansa la cabeza en él con tristeza. Sofía al ver el cuadro que forman sus mascotas, se deprime. ¿Qué les pasa?, dice con voz potente.

Piruetas y Sisifú están echados en la misma postura, parecen el reflejo uno del otro.

Piruetas oye a un perro ladrar afuera y levanta la cabeza, luego se extingue el ladrado y vuelve a su misma posición. Cuando menos reacciona todavía, piensa Sofía que está preocupada. El apelativo del perro se debe a sus contorsiones de cachorro que terminaron hace mucho tiempo, recuerda Sofía.

Sisifú piensa en su amada Gisel, la gata del vecino que espía porque los colores de su pelambre lo dejaron perplejo desde la primera vez que la vio en los brazos de una niña al subir a un automóvil.

Su amita la trata como a una reina, es una cachorrita que todavía no le da por la vagancia. Pero yo no soy



siesta Gisel y Martita, la niña que adora a la felina poniéndole flores de listones rosas en sus orejas y cuello. Ella se deja querer como una muñeca. Ronronea mientras la acaricia y su cola se esponja.

Sisifú se emociona ante tal espectáculo, desea estar al lado de Gisel lamiendo su pelambre o jugando con sus patas. Pero la muy infame, no se da cuenta de su presencia del otro lado de la ventana cuando se encarama su enamorado en el guayabo. Desea ser visto o provocar una reacción en Gisel.

Maúlla con tristeza y la gata percibe su presencia, se levanta de la cama, salta al suelo y luego a la ventana. Sisifú aprovecha su atención y como malabarista pende de un tronco delgado que lo lleva lo más cercano posible a ella. La tiene a unos centímetros de su hocico. Gisel lo observa y olisquea, le pregunta,

¿quién eres? Vengo todos los días a verte... pero el tronco vencido por el peso del gato se rompe y cae de pie en los jardines.

Gisel maúlla y vuelve a su aposento con su amita dormida. Se queda pensando, ¿quién será ese gato que interrumpió mi descanso? y olvidándose de él, se lame las patas. Sisifú espera que ella lo siga y se queda un momento en el jardín, pero al ver que Gisel entra sin averiguar

si está bien, su indiferencia le duele. Se va muy triste y decide no volver. Sofía vive sola con sus dos mascotas en ese fraccionamiento donde trabaja de arquitecta y se mudó recientemente. No conoce a ningún vecino, excepto a Oscar, el niño de enfrente cuya relación empezó al encontrarse los dos al salir de sus respectivos hogares al mismo tiempo, ella para subir a su auto a comprar víveres en el centro comercial y él para ir a la escuela en el turno vespertino. Sofía lo invitó a irse con ella, en el camino conversaban y así se hicieron amigos.

Al llegar a casa Sisifú, Sofía está con Oscar levantando al Piruetas para llevarlo con el veterinario, sufre de artrosis, enfermedad frecuente en perros ancianos.

Piruetas está muy mal, lo examina el veterinario, Sofía y Sisifú están en la sala de espera. Cuál sería la sorpresa para el gato que a Gisel la lleva su amo a desparasitación.

Sisifú se levanta del regazo de Sofía, emocionado por ver a la linda gatita que lo atormenta con su belleza. La recepcionista toma la jaula para llevársela a su tratamiento.

Agustín el padre de Martita se sienta a un lado de Sofía, que se da cuenta del interés de Sisifú por la gata de este señor. Ella le dice, soy su vecina de al lado, me cambié hace un mes. ¿Ah, sí? Disculpe que no la haya saludado, ni dado la bienvenida es que no soy muy sociable. No se preocupe lo entiendo.

Por cierto, dice Agustín, he visto a su gato rondar la ventana de mi hija, aléjelo de Gisel, no quiero que empiece el ritual de apareamiento tan pronto, deseo que Martita disfrute a su gatita inocente. No es

el momento.

Lo siento, mi gato es libre, usted cuide a la suya, le dice y se levanta molesta. Sale el veterinario con la noticia de la muerte del Piruetas. Sofía suelta el llanto y el señor Agustín al verla se arrepiente de haber sido tan altanero. ¿Qué hacemos con el cuerpo del perro?, le pregunta. Y ella llora más fuerte. Yo me encargo, dice Agustín, lo enterraremos en el panteón de perros. Se lo merece el dálmata, expresa el médico. Conseguiré la caja. ¿Qué hacemos con su gata?, le



pregunta la recepcionista cuando llega a la puerta. ¡Dénsela a mi vecina!

Sofía se queda asombrada de la facilidad con que arregla todo Agustín, recoge a Gisel y Sisifú no cabe de la alegría al ver el color azul de sus ojos y su olor irresistible.

En el auto, Sofía pone la jaula en el asiento trasero y Sisifú piensa, es mi oportunidad la tengo en mis manos. Acerca sus patas para jugar con ella, pero Gisel se defiende, trata de aproximar su hocico y la gatita maúlla. Pero Sisifú no se da por vencido hasta que la gata se esponja

y le enseña los colmillos.

Entonces el gato enamorado se va al asiento delantero con su ama. Y al llegar a casa decide olvidarse de Gisel. No rondará más su ventana.

A los días de la muerte del Piruetas, Sofía tiene mucho trabajo y no se da cuenta de la tristeza de su gatito que extraña al dálmata, compañero de tantos años. Sofía va a la cocina por un café, regresa al escritorio y Sisifú trata de llamar su atención. ¿Qué tienes? Él maúlla. ¡Perdóname! no te he hecho caso por estar ocupada, cuando termine con este proyecto comeremos atún y saldremos en el auto.

Sisifú se va a rondar el barrio muy triste, camina lejos de la casa de Gisel que ya tiene un gato siamés a su lado.

Al pasar por una calle ve a un perro vagabundo tendido en la acera, olfatea su esquelético cuerpo y lo empuja con sus patas delanteras para levantarlo, insiste tanto que lo logra. Lo conduce a casa, el perro rescatado camina con lentitud son nada más dos calles, pero no tiene fuerzas.

Sofía al ver lo que ha traído Sisifú se le contrae el corazón. Mi buen Sisifú has hecho lo correcto. El veterinario dice: debajo de esa mugre y pelo raído hay un Labrador. Sabe cómo llegaría a ese estado, estuvo a punto de fallecer, lo curaré.

Lo llaman Desterrado y lo adoptan. Desde entonces el gato ya no está solo y Sofía está muy contenta con la compañía de otro perro ya que el Piruetas se fue a donde van los canes que fallecen y Sisifú juega muy feliz con su nuevo compañero, olvidándose de la gata ingrata que lo ignoró.

Por amor

José María Ruíz Cuevas

Era un tema que la pareja ya había abordado años atrás. El hombre le decía a su mujer: “Si caigo enfermo de gravedad y ves que no tengo remedio y que mi mal avanza hasta quedar yo en estado vegetativo, te pido, te ruego, que no lo permitas. No es que esté a favor de la muerte, sino que estoy en contra del sufrimiento sin sentido.” La mujer sólo lo escuchaba y no quería tomar muy en serio las palabras de su esposo. Ella asentía lentamente con la cabeza pensando que eso nunca iba a ser necesario. Se equivocaba. Ahora ella se encontraba en una habitación de hospital, su esposo yacía en la cama con un respirador artificial. Le habían efectuado una traqueotomía ya que un cáncer extremadamente agresivo había invadido parte de su sistema respiratorio. Alimentaban al enfermo mediante una sonda y periódicamente le aplicaban inyecciones de morfina para atenuar los ataques de dolor que sufría. Desafortunadamente estos accesos de dolor eran cada vez más frecuentes y la morfina ya no tenía el mismo efecto relajante que al inicio del tratamiento.

Ella le tomó la mano y empezó a recordar el día que se vieron por primera vez. Fue aquella lejana tarde, después de haber salido de las clases vespertinas en la preparatoria. Empezaron a charlar y de inmediato se dieron cuenta que eran el uno para el otro. En esa tarde los ojos de él brillaban llenos de entusiasmo. Ella alcanzó a ver en la profundidad de esa mirada, un incipiente amor lleno de promesas. Era la certeza de haber encontrado al hombre de su vida. Esa sensación nunca la abandonó. En este momento se encontraba en ese cuarto de hospital lleno de aparatos electrónicos para poder prolongar la vida de los pacientes y evocaba esa sensación de plenitud. Ahora que estaba allí, en medio de olores a medicamentos y escuchando los sonidos del monitor cardíaco y el ronroneo del respirador, evocaba esa tarde en la que se sintió completa, en donde ella y el universo eran uno.

Así mismo recordó a sus dos hijas que ya eran madres de familia. El par de ancianos ya eran abuelos y la vida continuaba su curso. El hombre que yacía en la cama en una batalla contra la muerte, había disfrutado a sus hijas y a sus nietos. Ahora que no los podía acariciar ni hablarles, pensaba en ellos, en su familia, en sus hijas, en sus nietos, en su amada esposa. La mente lo llevaba a pasear por lugares conocidos llenos de recuerdos generosos. Sin embargo, la muerte ya estaba detrás de la puerta de aquella habitación de hospital, pero no se atrevía a cruzarla. Y el alma de aquel hombre ya se sentía cansada. La mujer apretó la mano de su amado, al tiempo que desconectó el respirador. Lo dejó ir. En ese momento tuvo la certeza de que lo hacía por amor y que en poco tiempo se volvería encontrar con él, tal como ocurrió en aquella luminosa tarde.

EN LOS OJOS DE LAS BALLENAS QUE MIGRAN

Para verlas nadar cerca de nosotros decidimos ser pequeños mar adentro. Borrarnos, casi, ser la mancha que roza el límite del agua.

Las ballenas saben cuándo exhalar su brisa, en qué momento sumergirse. Nosotros vinimos hasta aquí y el paisaje tan solo nos enseña el dorso de una ola. Una mirada un vaivén nos desconoce.

Tú me sostienes la mano en esta lancha que flota como una palabra dicha a medias. Yo tomo la tuya entre olas que separan la tierra del cielo.

Mar adentro, las ballenas conocen la cercanía necesaria. Mar adentro, el amor es solo tacto.

Lucía Cornejo

Magda Irma Palomares

VIAJEROS

Sueño que me hundo
en tu calidez de hierba
sencillamente humana.
en el remanso quieto
de tus aguas,
que encendemos
una a una las estrellas
y somos viajeros espaciales
sin linderos limitantes.

Que tu carne y mi carne
son una sola carne
para incendiar instantes,
y cruzamos
como viejos peregrinos
los misterios insondables
de todos los caminos.

Sueño que despierto
y estás conmigo...



INCONSCIENCIA

Agua que se escapa
entre los dedos,
como la luz
por la rendija
y el sueño de Morfeo
hace que todo alrededor
se convierta en cenizas.

NOCHE DE NEÓN

Adolfo González Riande

En la soledad de su cuarto, Nicanor Lauda se revuelca entre las sábanas, acatando el castigo materno de no salir los fines de semana. Momentáneamente la luz se ha ido, y aprovecha para pensar en cómo escapar de su efímera prisión. Sabe que está castigado, y que no hay por el momento una opción de escapar. La luz regresa.

Apesadumbrado y molesto, el inquieto Nikki, repasa con la mirada su celda-recámara, atisba el techo, donde un cartel de Theda Bara parece seducirlo de aventurarse a escapar.

La luz vuelve a irse.

Y el joven regresa a sus pensamientos. Sabe que debe cumplir su castigo de confinamiento, sabe que sus pésimas calificaciones, han determinado que su madre lo castigue, con un “encarcelamiento de cuatro paredes”, de cuatro larguísimos fines de semana entre los que se incluye el “Baile del Blanco y Negro”, evento que, al decir del joven, nadie en su sano juicio, debe perderse.

La luz regresa.

Con la mirada, sigue repasando las paredes de su improvisada prisión. Y ahí están, su colección de gorras, y su “Resistol”, enmarcados con una hilera de botes y botellas de cerveza. Repentinamente, la luz se va nuevamente y su contemplación se ve rota con una llamada de celular. Es Gesulmina, su amiga de la preparatoria, quien le dice que está de pijamada en casa de Menelao. La chica le comenta el deseo de unirse al grupo en la casa del Mene. Y así, tras pensarlo un poco, el joven Nikki decide salir de su cuarto, dejar su



prisión momentáneamente, como “princesita de Mario Bros”.

La luz regresa.

Ahora el joven en cautiverio decide hacer con sus almohadas un bulto bajo las sábanas y cobijas, como aparentando su figura que reposa tranquilamente. En la pantalla de su PC, el reloj marca las 23:45.

Con la cautela y agilidad de un felino, el Nikki deja su cuarto y empieza a bajar la escalera hacia la sala.

Uno a uno el joven va bajando los escalones. Abajo en la sala, un murmullo de voces se escucha.

Su madre y algunas amistades de ella juegan Rummie. El joven no alcanza a precisar los comentarios de su madre, pero asume que ella destaca en sus comentarios, las interrupciones de energía, o bien el orgullo de “lo buen muchacho obediente” que es él.

Parece que llegará sin problemas a la puerta que conduce al garaje. Sólo es cuestión de hacerle a Guillermina, con el dedo sobre los labios, una señal de “tú no digas nada”, ella acata en silencio, y su mirada es una advertencia al joven que huir no es buena idea. Pero el joven se



coloca la palma de su mano sobre sus labios, y lanza un beso en clara alusión de “Guille, tú calladita y te ves más bonita”.

A su paso por la cocina, la Guille sigue con la mirada al desafiante joven que se lleva un duplicado de las llaves de uno de los autos de la casa, esa vieja Ford Ranger, una reliquia familiar que ningún comprador demanda.

La Guille mantiene la mirada sobre el muchacho, como tratando de advertirle del riesgo de usar la camioneta.

Ya en el vehículo, el muchacho empuja con mucho cuidado la pick up, hasta estar seguro, que, a unos metros de la cochera de su casa, nadie escuchará el motor. La vieja Ford se enciende, y con ella la animosidad del Nikki. La camioneta se pierde a través de la avenida, el viento de la noche y las luces de neón de los comercios, dan un marco ideal para compartir pronto con los amigos y la Gesulmina.

De la radio escapan las notas de Los Tigres del Norte.

Al pueblo llegó un fulano que a Martín vino a buscar pero Martín perdió todo ya no tenía que apostar...

El Nikki sume el pie del acelerador. El motor ruge desafiante ante la noche. En tanto, las luces de neón chocan fugazmente en el parabrisas. Las notas de la canción distraen al

joven, quien no alcanza a escuchar los ruidos metálicos que emanan de una de las llantas delanteras. Repentinamente, el auto inicia un zigzaguo, un rechinar de llantas ponen una inusitada armonía de fondo, como presagiando algo grave. La camioneta finalmente vuelca, hasta quedar con las llantas hacia arriba. Dentro del vehículo, un clamor lastimero del Nikki, parece pedir auxilio a la soledad de la avenida. Un quejido de dolor que nadie escucha, y que se apaga con el paso de los minutos. El joven atrapado, manotea insistentemente en escaparse del cinturón.

Las llamas se apoderan de la camioneta. Las llamas se avivan. Nadie acude.

Sólo la soledad de la noche se baña con el neón, y la radio feneciente exclama un hálito de muerte:

“Se destaparon cuatro ases”.

Se sintió Martín morir...



Viento Nocturno

Viento nocturno, a veces en invierno, pero sobre todo en primavera, que se pasea en la calle vacía y desolada de la media noche... Deslizándose entre las hojas, moviendo ese palito de madera, vestigio de algún anuncio que cuelga del poste...

Te presentas de nuevo ante mí en el silencio de la noche, susurrándome a los pulmones el más importante de los mensajes, ese que ya había olvidado...

Viento nocturno, que me revitalizas y me haces recordar que se podía sentir esto... Vas agitando a tu paso partes de mí que creía ya muertas....

Viento nocturno, solo perceptible desde esta taciturna melancolía, tu presencia me impacta, aunque sea por un instante, cuando me vuelvo consciente de esto que siento ya se ha ido...

Quiero sentirte sin pensarte, y perdido de mi, ser sorprendido de pronto, por el lejano sonido del tren que viaja a través de la noche con sus ondas azules...

El sonido de las hojas del neem bañadas por los rayos azules de la luna llena, tal como las nubes que corren debajo de ella...

Humberto Oliva

Una aventura (2)

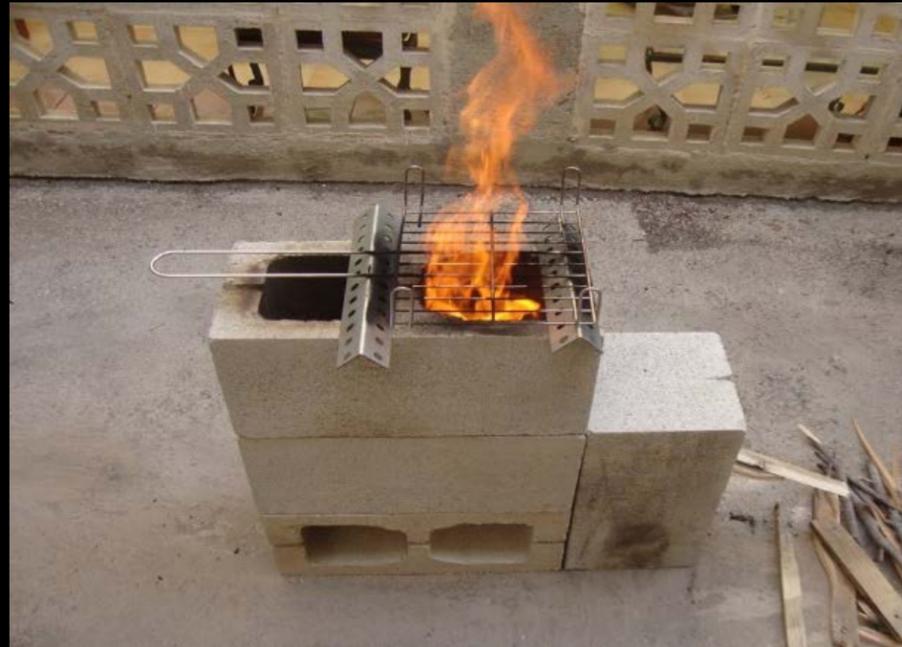
Isidoro Germán Medina

Esa tarde de sábado, mientras mi autobús me llevaba a mi ciudad natal para reunirme con mi madre, mis hermanos más pequeños y mi hermana la mayor, mis pensamientos emprendieron un sinuoso recorrido desde el día que llegara a Mazatlán, dispuesto a tomar impulso para un nuevo comienzo, dos meses atrás.

Todavía no desaparecía de mi paladar el sabor de la caguama, cuando ya había conseguido acomodarme como carpintero en la obra mencionada. El no traer un peso en la cartera no me angustiaba en absoluto; intuía, después de superar algunas peripecias que había tenido que enfrentar durante mi auto exilio, que invariablemente habría de encontrar la forma de llevarle alimento a mi barriga.

Al sincerarme con mi nuevo patrón respecto a mi situación financiera, me inyectó con su respuesta un inesperado ánimo, y atesoré un profundo agradecimiento, lo cual motivó en mí una lealtad y compromiso que propició que mi desempeño fuese de lo mejor: me prestó unos pesos, y le encargó a una familiar suya, quien laboraba en el restaurante del hotel, me alimentase durante ese fin de semana.

Dado mi trato educado y respetuoso hacia los demás, no fue difícil iniciar buenas amistades, ante todo con el clan de los carpinteros; obedeciendo a una natural solidaridad, desde el primer día permitieron mi integración, además del área de trabajo, hacia actividades fuera del horario y del ambiente laboral.



El hecho de que todo se asumiera con relativa facilidad, estaba estrechamente vinculado con la convivencia; y es que, como foráneos, algunos nos hospedábamos en la obra.

Siendo honesto, sé que influyó el que en la primera oportunidad pude demostrar y compartir mis habilidades culinarias. Mis compañeros habían acondicionado un espacio apartado del taller y del cuarto de maquinaria, colocando algunos ladrillos para darle forma

a una rústica hornilla, donde se utilizaban los recortes sobrantes de madera como combustible. Para mí fue sencillo convertir un simple par de huevos revueltos con tortillas recalentadas, en un delicioso platillo de “huevos a la mexicana”, o unos huevos rancheros con su tortilla dorada en aceite.

Así, Manuel, de cincuenta y dos años de edad, originario de León, admirador de José Alfredo Jiménez, y, como cantante, un magnífico carpintero; Agustín, de cuarenta y nueve, y oriundo de Pachuca; y Margarito, de veintinueve años, quien a pesar de ser el más joven de los tres, era más centrado y maduro, dispuesto a dar un consejo o sugerencia a toda hora, nacido en el meritito Distrito Federal, se convirtieron en auténticos amigos y compañeros inseparables de un desorientado muchachito de Obregón, Sonora, de tan sólo quince años de edad.

Había una persona más que, obedeciendo a que efectuaba cotidianamente una serie de recorridos cuya razón al principio yo desconocía, atinaba a aparecerse

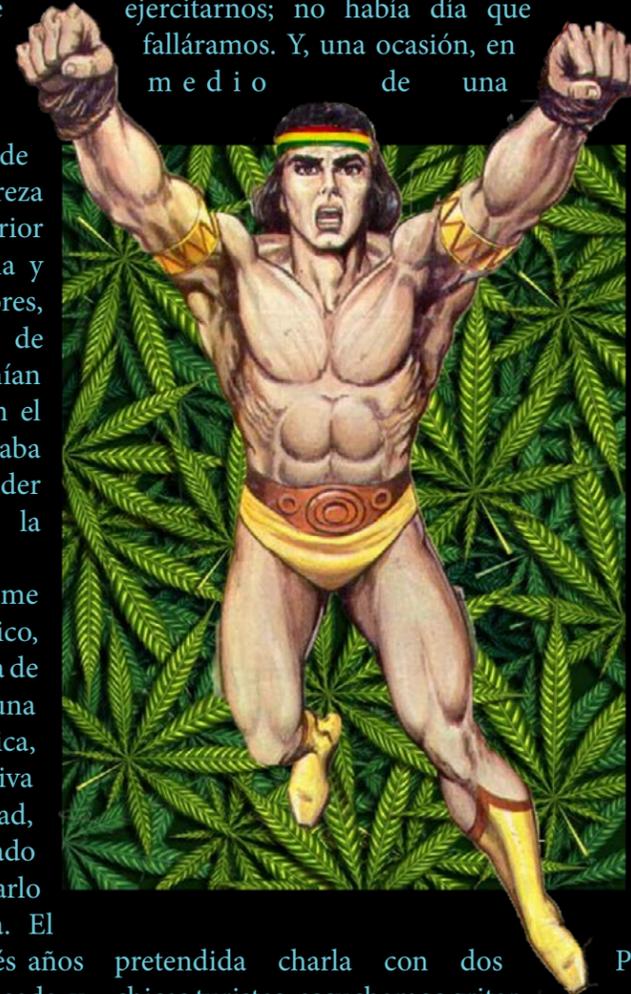
ante la hornilla exactamente a la hora del almuerzo. También con él se estableció una suerte de amistad; aunque en esta relación, más que el comparar gustos, entablar charlas o compartir momentos de relax, yo lo sentía como un protector. Desde el principio me demostró su aprecio y su confianza; habían transcurrido apenas unos días, cuando depositó en mis manos una grabadora que era su fiel compañera mientras trabajaba, y que nunca se la había confiado a nadie, decían.

Su actividad oficial dentro de la obra era la aplicación de yeso. Presumía de una destreza admirable, y se sabía superior en grado sumo en eficiencia y rapidez sobre sus colaboradores, quienes apenas terminando de preparar una pared, ya tenían encima a su compañero con el área recubierta; a él le redituaba tiempo de sobra para ir a atender su actividad extraoficial: la distribución de marihuana.

Debido al trato que me dispensaba, y a su aspecto físico, agradable por demás, pues era de cara agraciada, y dueño de una figura definitivamente atlética, sí produjo en mí una sorpresiva reacción de incredulidad, porque nunca me habría pasado por la mente el relacionarlo con la venta de esa droga. El muchacho, de unos veintitrés años de edad, tenía la piel bronceada y usaba el pelo hasta los hombros; era de talla alta y muy parecido al personaje de una historieta que en ese entonces era muy popular, allá por los años de 1978; le apodaban El Arandú.

Casi a mediados de diciembre, arribó a la obra un nuevo personaje; de inmediato le dieron un puesto en otra de las áreas de la construcción.

De un trato cortés y respetuoso, pronto se ganó mi admiración y mi confianza. La razón fue que, según decía, era maestro de kung-fu, y lo habían contratado para venir a impartir clases en una escuela que próximamente se fundaría; al parecer había sido un engaño. De repente estaba sin trabajo y sin dinero. Fue entonces que llegó ahí. Se había hecho hábito madrugar juntos a la playa, para ir a correr y ejercitarnos; no había día que falláramos. Y, una ocasión, en medio de una



pretendida charla con dos chicas turistas, escuchamos gritar a pulmón a una de ellas, después de escudriñar los ojos inyectados de sangre de mi asustado camarada: “¡Marijuana, marijuana!”, luego, quedito: “Per fevour, quieremous estar soulas”, y nos fuimos.

Yo no podía concebir que un deportista como él tuviera que drogarse; así se lo hice saber esa noche en que, como otras,

observábamos la bóveda celeste. Pero él, con toda calma, empezó a hablarme acerca de la maravilla que era fumar la yerba; “que si miras fijo a las estrellas, ya verás cómo se forman las figuras que tú quieras”, hasta que me convenció de darle tres “jalones”; y pude convencerme yo a mí mismo que lo que decía era falso. Me levanté, no sin dificultad, y alcancé a llegar al baño del hotel, donde, lleno de rabia, me lavé la cara y la cabeza, sin dejar de verme en el espejo y repetir: “¡Ese no soy yo! ¡Ese estúpido no soy yo!”

Para mí, fue la primera y última vez que la probé. Fue suficiente ver mi expresión reflejada para comprender que no era mi camino. El asunto es que lo hecho llegó a oídos de El Arandú, quien, se sabía, era gente del “Cochiloco” de ese entonces. Al día siguiente, lo primero que hizo fue encararme para que le diera los detalles; sólo repetí lo que sabían todos, y que mi inductor ya había divulgado, como si hubiera hecho una gracia. “¿Y el “karateka”?, preguntó entre dientes El Arandú. Después de eso, no se supo más de aquél; nunca regresó por sus pertenencias.

Pero, ¿cómo es que un quinceañero llegó hasta ahí? Pues, miren, les cuento...

ABUELITA ¿CUÁNDO ACOSTUMBRAS QUITAR “EL ARBOLITO”?

América Pina Palacios

El tiempo voló como todos los años, parece que apenas ayer pusimos “el arbolito”, “la villita” y quienes somos católicos, “el nacimiento”, ahora... ya tendremos que quitarlo.

¡Cómo recuerdo! hace... 60 años, estuve en la ciudad de Oaxaca trabajando para el INSTITUTO FEDERAL DE CAPACITACION DEL MAGISTERIO, en dos de los meses más interesantes y hermosos de mi vida, pues tuve la oportunidad de conocer no sólo la ciudad de Oaxaca y sus alrededores, sino también mucho de la idiosincrasia de sus pobladores.

Cuando mi tío me propuso que trabajara en el Instituto, los dos meses de vacaciones los disfrutábamos en invierno; me gustó la idea, pues además de ganar algún dinero extra, podría convivir con una familia oaxaqueña con quienes logré integrarme bastante bien, aunque al principio fueron por demás reservados.

El mes de diciembre es muy especial en aquella ciudad, pues hay festividades como “el día de rábanos”. Con esta legumbre, se elaboran vistosas figuras que participan en un concurso, en aquella ocasión, ganó alguien que realizó la carroza de “la cenicienta”, valiéndose de la tradicional calabaza, pero los personajes todos fueron elaborados con rábanos.

Efímero triunfo, tan efímero como



lo que pueda durar lozano un rábano, pero aún así, no escatimaban detalle.

Cada mañana al caminar hacia la escuela donde impartía mis clases, tenía que cruzar la plaza y pisar innumerables trozos de los platos de barro donde la noche anterior se habían servido los buñuelos, pues es costumbre que después de comer el buñuelo, se quiebre el plato, no hacerlo indicaría que no fue agradable al paladar, eso ofendería mucho a quien lo elaboró.

Durante varios días disfrutamos

del paseo de “las calendas”, carros alegóricos que las diferentes iglesias presentaban y que terminaban, como todo buen festejo mexicano, con tamales y atole deliciosos en casa de alguna persona amable y dadivosa.

Después de la Nochebuena y la Navidad, aquí en Sonora sólo esperamos que pase “el día de la Rosca de Reyes” para empezar el desmantelamiento de nuestro nacimiento, pero en Oaxaca apenas empiezan “las arrulladas del Niño”, luego vendrán “las sentaditas” y “las

paraditas” hasta desembocar en el 2 de febrero, día de la Candelaria en que otra vez hay tamaliza.

Por aquellos tiempos, 1960... ayer... los habitantes de Oaxaca eran muy celosos de sus tradiciones y sus buenas costumbres, los domingos, las y los “niños bien” se dedicaban a dar vueltas a la plaza en sus automóviles, pues de esa forma quedaba establecido su nivel social. El cerro del Fortín, donde se encuentra la estatua de Don Benito Juárez García, aún estaba fuera de la ciudad, para visitarla debía pagarse viaje especial en taxi. Don Benito está con un brazo extendido señalando hacia el horizonte, cuando preguntamos porqué, con una sonrisa de picardía nos contestaron: pues está diciendo que al que no le guste puede irse por donde vino.

Los noviazgos eran tan vigilados por los familiares de la novia, que no daban oportunidad de casi ninguna caricia, yo pregunté: bueno, pero... ¿se dan sus escapaditas al cine? Si, me respondieron, pero ahí están los policías de casco blanco que los sacan si los ven abrazados; y... ¿cuándo platican en la plaza? Pues ahí, la policía municipal les llama la atención si ven que se besan.

¡Chispas! ¡Pues que complicación! Y entonces ¿qué hacen los novios? ¡Pues se casan! Me respondieron.

¡Ah, Oaxaca hermoso! ¡Cuánto caminé en tus calles y en tus pueblos! Entre mis alumnas, muchas vestían la falda larga y la blusa bordada del Istmo, y en nuestra reunión de despedida terminado

el curso, querían decirme cosas muy hermosas, para esto, preferían expresarse en sus propias lenguas, así escuché al menos 4 dialectos diferentes, pero el idioma del corazón era el mismo para todos nosotros.

¡Cuánto extrañé la comida deliciosa de Oaxaca! Por las noches era tradicional para nosotros ir al mercado a tomar atole de arroz con panocha, o el “tasajo” que nosotros mismos asábamos en el bracero colocado frente al puesto de la carne, o las “tlayudas” (tortillas enormes)



con “asiento” y de postre, una nieve como sólo saben hacerla frente a la iglesia de La Soledad.

Por cierto, en el último viaje quise probar todos los sabores, un poquito de cada una, y pesqué... una gripa de pronóstico, pero no me arrepiento, valió la pena. Entre las tradiciones, existía un concurso de comida entre todos los puestos del mercado, y los ganadores o ganadoras, exhibían durante todo el año un cartel referente a su mérito culinario.

En aquellos tiempos... casi no había servidumbre femenina, en la casa donde me hospedé, había un mocito, se llamaba Manuel, era pequeño de estatura lo que revelaba su origen indígena, además de su color de piel y su fisonomía, aún así, se desempeñaba con diligencia no sólo para limpiar la casa sino también para los mandados y las reservaciones en los espectáculos.

Era usual, que dichos eventos se presentaran en “la Plaza de la Danza”, frente a la iglesia de la virgen de la Soledad y la que entonces era la Escuela Normal.

Aquí se realizó una “Guelaguetza” para agasajar al Lic. Gustavo Díaz Ordaz, quien era el candidato oficial a la Presidencia de la República. Se le consideraba hijo adoptivo de Oaxaca, pues había vivido en la ciudad y estudiado en su universidad; así en diferentes casas había mantas que decían: en esta casa vivió el Lic. Gustavo Díaz Ordaz. Creo que, en la actualidad, esto ya no sería motivo de regocijo para nadie.

Pues dos días antes de la “Guelaguetza”, Manuel

se fue con su petate y su “itacaté” (“lonche”) a apartarnos lugares en “la Plaza de la Danza”, pues de seguro habría mucha asistencia y en efecto, algunos por curiosidad y muchos por quedar bien con el candidato.

La palabra me sonaba extraña, GUE LA GUET ZA, ¿Qué querrá decir? Hoy ya se que significa compartir y nos muestra, un poquito del sistema de vida indígena, en donde todo es comunal y compartido. Al final del espectáculo siempre tienen algo que compartir: sombreros, fruta o lo que



su comunidad produzca.

Por eso en las bodas ponen un jarrito o florero con banderitas, así el que llega, deposita su aportación a la fiesta en una charola y eso le da el derecho de tomar una banderita y colocarla en la bolsa de su camisa. He tenido oportunidad de ver otras “Guelaguetzas” pero ninguna como aquella, el lujo de los regalos que llevaron, los diseños de las hermosas cobijas de lana, las chamarras de gamuza, los jarrones de barro negro de Coyotepec, bueno, yo no salía de mi asombro.

En aquellos días escuché por vez primera el término “yopé”. Cuando querían insultar a Manuel se lo decían, pregunté que significaba y me dijeron: indio.

Han pasado muchos años y creo que sigue siendo despectivo.

He tenido oportunidad de estar dos ocasiones más en Oaxaca, ya en

compañía de mis hijos, nietos y otros familiares; otra vez con un grupo de amigas, y he podido comparar la situación.

Son pocas las cosas que han cambiado y no para bien.

Hermosas casas solariegas antaño habitadas por sus propietarios, algunas se han convertido en hoteles, otras están deshabitadas y favorecen la acumulación de basura en sus balcones, porque no hay recipientes para depositarla; la imagen hermosa de la ciudad, presenta como granos infectados los anuncios de “fast food”.

La población ha crecido pero su tranquilidad y lentitud no ha variado, estuvimos dos horas esperando la aparición del turibus.

Afortunadamente, no han perdido la tradición de su música en la plaza: los jueves la marimba y los domingos la orquesta sinfónica

¡Que lujo, mi Dios!

Ahora, en sitios donde hay construcciones arqueológicas, los guías están organizados y hay personas debidamente instruidas que facilitan el conocimiento y aprendizaje de nuestra historia, pero no falta el prietito en el arroz, el día que fuimos a Mitla con las amigas, nos dieron como guía a un borrachito que tenía delirios de grandeza y quería que anduviéramos tras de él como colegiales, provocando esto, hilaridad en nosotras e innumerables burlas para el “guía” aun así, no dejamos de admirar la grandeza de nuestro pasado histórico.

Un poco más tarde, al llegar al añoso “árbol del tule” nos sentimos por demás orgullosas de escuchar a las niñas oaxaqueñas que: en francés, inglés y alemán conversaban con turistas a quienes servían de guías.



En el trayecto, encontramos una destilería llamada “Rancho Zapata”, nos llevó la curiosidad de probar el mezcal, que presentan en infinita variedad; en este lugar al menos había 16 variantes, a quien lograra tomar las 16 muestras en la degustación, le regalaban un litro del que prefiriera.

Meta difícil de lograr para quienes no acostumbramos esta bebida que puede utilizarse para flamear alimentos.

Después de observar el proceso de destilación, nos dimos cuenta de que contaban con un gran comedor y una cocina muy bien equipada, la pregunta obligada ¿qué pueden prepararnos y cuál sería el costo de la comida? Llegado a un acuerdo muy ventajoso para nosotras, rápidamente en un amplio corredor desde donde contemplábamos las montañas y un hermoso valle, nos instalaron todo lo necesario, así que pasamos a la mesa buscando las “botanitas” pues ya el hambre apretaba.

Entre plática y plática, nos servimos de un plato pequeño algo de sabor exquisito, y enseguida la pregunta: Amparito ¿es chorizo lo que estamos comiendo? O ¿es carne asada? Y antes de que Amparito pudiera contestar, el mesero muy atento nos informó: SON CHAPULINES. Pues ya estaban en mi estómago y la verdad RI QUÍ SI MOS.

Yo recordaba que, en las puertas de las casas, algunas señoras sacaban su mesita para vender cena: quesadillas, taquitos de mole rojo, mole negro, amarillito; servidos en hojas de lechuga en vez de papel.

Cuando fui con mis hijos, iniciamos por la noche el recorrido de las calles buscando aquellas comidas deliciosas sin encontrarlas, en el trayecto vimos a un indígena, que por su alta estatura debe haber sido del Istmo, tocando la trompeta en una forma que traslucía su tristeza, a su lado, tirados en el suelo, un pequeño y una joven que debe haber sido su compañera o esposa. Así que las cosas no habían cambiado

mucho o quizá nada.

Con la muerte del maestro Andrés Henestrosa, escuchando su biografía, sus orígenes del más puro linaje oaxaqueño, he recordado a Manuel y me pregunto: ¿Qué fue de su vida? ¿Se transformaría en otro Benito Juárez García, en otro Andrés Henestrosa? O ¿Habrá terminado en alguno de los campos de concen...? perdón, en alguno de los campos agrícolas de nuestro país con toda su familia, o quizá en los E.U. explotado como indocumentado?

Yo siempre lo recordaré feliz, como el día en que su familia fue a visitarlo a Oaxaca, durmieron todos juntos bajo la misma cobija y bajo el cielo lujosamente decorado por las estrellas, en medio del patio, era diciembre, y hacía tanto frío como el que hemos sentido ahora, pero él se regocijaba, sintiendo el calor de los suyos junto a su cuerpo.

Ya casi termino de quitar el arbolito, pero... el Nacimiento, lo quitaré hasta el 2 de febrero para no olvidar mis orígenes.



POR TU RECUERDO OAXACA

Un día....
 Mi voz resonó en tu "Plaza de la Danza" diciendo:
 "Al igual que Cuauhtémoc, cuyo nombre significa:
 "Águila que cae del cielo" yo he descendido
 Desde el valle del Anáhuac.
 Hoy te pido:
 Oaxaca ¡Vísteme de tehuana para sentirme reina!
 Corona mi cabeza de albos encajes
 Y pon en mi enagua todas las flores de tus campos.
 Haz que el viento ondee los holanes
 Para que se conviertan en la espuma de tus mares.
 Déjame suspirar mientras bailo "La Zandunga".

Que la nostalgia me invada cantando la "Canción mixteca"
 Y mi corazón se desgarre con tu vals "Dios nunca muere"
 Que mi frente se mantenga siempre altiva
 Bajo el peso del tocado "yalalteca"
 Mientras mis pies ligeros se mueven
 Danzando al son del jarabe de la mixteca.
 Pinotepa se hermana con Guerrero,
 Cuando bailan y cantan la "chilena"
 Y la picardía en sus versos nos regala
 Chispazos de alegría que se riman
 Al rítmico sonar de los tacones.
 Altivos, los danzantes de "la pluma"
 Nos muestran el orgullo de nuestras

etnias
 Siempre hacia el cielo su faz apunta
 Sólo sus pies tocan el suelo.
 Oaxaca la de mil colores
 Oaxaca la de tradiciones
 Oaxaca la de mis recuerdos
 La de los poetas y de los pintores,
 La de los artesanos de manos mágicas
 La del estadista incorruptible
 La de los "yopes" olvidados
 En la sierra, en la costa, en el valle
 ¡Sigue marcando el camino!
 Y ¡nunca, jamás te detengas!



¿En verdad escribió José Vasconcelos que "en Sonora termina la civilización y comienza la carne asada"?

Por Hector Rodriguez Espinoza

JOSÉ VASCONCELOS (1882-1959)

Nació en Oaxaca; de niño vivió en Sonora, Coahuila y Campeche, por desempeñar su padre un cargo aduanal. Estudió en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, recibiendo de abogado en 1907. Se consagró apasionadamente al estudio de la Filosofía y de la Literatura. Fundó y presidió el Ateneo de la Juventud en 1909, al lado de otros intelectuales.

Participó en el movimiento revolucionario, afiliado al maderismo. Al triunfo de la rebelión agua pretense de 1919, el presidente Adolfo de la Huerta lo nombró rector de la Universidad de México, cargo que desempeñó en los años 1920-1921. En este último logró que el Gobierno restableciera la Secretaría de Educación Pública y Obregón lo nombró ministro de la misma, desempeñándose en el período 1921-24.

Organizó el Ministerio en tres departamentos: Escolar, de Bellas

Artes y de Bibliotecas y Archivo. Invitó al país a Gabriela Mistral y Pedro Enríquez Ureña. Impulsó la escuela de misioneros rurales y promovió la pintura mural. Editó la revista El Maestro, el semanario La Antorcha y una serie de clásicos de la literatura universal. Por desavenencias con el régimen se alejó del país, regresó en 1928 y el año siguiente lanzó su candidatura para presidente de la República. Después de la derrota, aunque persuadido de haber ganado legítimamente las elecciones, volvió a exiliarse y regresó hasta 1940.

Fue doctor Honoris Causa por la UNAM y por las Universidades Nacionales de Puerto Rico, Chile, Guatemala y El Salvador. Miembro del Colegio Nacional, perteneció a la Academia Mexicana de la Lengua.

Su vasta obra fue recogida por la editorial Libreros Mexicanos Unidos y comprende cerca de un medio centenar de ensayos y libros de Derecho, Filosofía, Historia de México, Metafísica, Ética, Sociología y cultura en general.

LA EDICIÓN DE LOS CLÁSICOS



Precisamente por su labor desarrollada al frente de la Secretaría de Educación Pública, existe una anécdota que, al margen del sentido irónico del humor del presidente Obregón, sintetiza la tragedia educativa del medio rural mexicano de entonces y la incomprendida visión civilizadora de Vasconcelos, entre muchos otros elementos sociohistóricos que reflejan un momento interesante del proceso cultural de la nación:

“En una ocasión, Obregón y su comitiva estaban esperando un tren en una pequeña y desierta estación de ferrocarril. Obregón estaba de buen humor. De pronto se dirigió a

un indio que pasaba:

“¿Cómo se llama este pueblo?”, preguntó el Presidente. El indio contestó flemáticamente que no conocía el nombre del pueblo. “¿De dónde eres?”, preguntó Obregón. “De aquí, señor”. “Pero es extraño, ¿es que acabas de llegar a él?”, “No señor, aquí nació; aquí murieron mis padres, señor”. Obregón movió tristemente la cabeza. Había encontrado mucha ignorancia, pero era espantoso encontrar a un nativo a tal punto ignorante, que no sabía ni siquiera el nombre del pequeño pueblo en el que había pasado su vida, y en el que posiblemente muriera. Dio su moneda al indio y se despidió amablemente.

“Después, cuando el indio se hubo alejado, Obregón llamó a uno de sus compañeros. En un tono serio le dijo: en cuanto regresemos a México, que se envíen a este individuo los Diálogos de Platón y La Divina Comedia que editó Vasconcelos para la alfabetización del indio”.

LA CARNE ASADA Y LA BARBARIE

En 1925, como es ya frecuente recordarlo (con un raro afán masoquista pero con un alto grado de confusión y exageración), el maestro José Vasconcelos, en una de sus colaboraciones para el diario nacional El Universal, reproducida en su libro autobiográfico La Tormenta, se refiere a la alimentación en ciertas regiones del norte del país, prácticamente como la frontera de la civilización nacional. La versión es ya recurrente y lugar común cuando se trata el punto, incluso en publicaciones científicas. Por ello creemos conveniente y justo citar, textual y contextualmente, al

filósofo oaxaqueño.

En efecto, la reflexión anterior le fue inspirada y motivada a Vasconcelos en el descanso de una travesía serrana de Querétaro a Guanajuato, acompañado de un grupo de amigos, cuando entraron una tarde a una rancharía del Valle de Tolimán, donde se hospedaron y les sirvieron alimentos, anécdota que relata así:



“Nos echamos otra vez al camino. Entramos una tarde al Valle de Tolimán, todo verde con cebada tierna. A la orilla de la senda las casas de los rancheros son de mampostería, espaciosas y sólidas... Tolimán, bello nombre y panorama riente. Allí nos hospedó la maestra: mató pollos y los sirvió en buena salsa. Nos sentimos en tierra civilizada. Donde termina el guiso y empieza la carne asada, comienza la barbarie”. Esto es, textualmente, la frase que escribió el filósofo, y sobre la que tanto se ha hilado una red de interpretaciones y mitos.

QUINCE AÑOS DESPUÉS EN QUEROBABI

Relacionado directamente con lo anterior, resulta interesante referir el relato del comentario que, sobre esa expresión, hizo Vasconcelos

años después. En efecto, en mi investigación a este respecto, encontré —en el libro Vida Política Contemporánea. Cartas de Marte R. Gómez II— una misiva que, el 27 de julio de 1960, dicho político escribió al Lic. Herminio Ahumada, yerno de José Vasconcelos, solicitándole la cita del Maestro relativo a la acusación “a los norteños... de que éramos vulgares comedores de carne asada...”. Por su interés, a continuación la transcribo:

“Muy estimado y fino amigo:

“Muchas gracias por mandarme la evocación al maestro Vasconcelos. En su poesía lo representa usted como a muchos nos gustaba contemplarlo: humano, generoso, un poco buen dionisiaco.

“Alguna vez, en sus colaboraciones para El Universal, en 1925 —ojalá que usted pudiera ayudarme a localizar la cita, porque pienso nombrarla en un trabajo que haga sobre gastronomía tamaulipeca—, nos acusó a los norteños, hasta cierto punto con razón, de que éramos vulgares comedores de carne asada. Que a él le gustaran los platillos bien sazonados y artificialmente cocinados en nuestra cocina autóctona, nos lo devuelve a nosotros, los que sin ser indígenas, nos sentimos incapaces de divorciar el indigenismo del mexicanismo, a

los que sin abominar de España — bien por el contrario, amándola—, establecemos una visión clara entre lo mexicano y lo hispano.

“De usted, como siempre, afectísimo amigo y atento y seguro servidor.”

Don Herminio Ahumada satisfizo



“Por los años 1937-1938 me tocó actuar como Magistrado en el Supremo Tribunal de Justicia del Estado de Sonora, siendo gobernador el general Yocupicio. El profesor y ganadero Jesús María Suárez, entonces diputado local, con quien cultivamos relaciones políticas y amistosas desde 1929, nos invitó al rancho de él y de su familia, quien llevaba el mismo nombre que él, un viejo rancho de esos chapados a la antigua, es decir, de gran rectitud, honorabilidad y dotado de gran agudeza e inteligencia naturales.

Para honrar la presencia del maestro Vasconcelos en el rancho, ordenó se matara una preciosa y gorda vaquilla, para que disfrutaran el maestro y sus acompañantes, de la magnífica y famosa carne asada sonorenses. Al lado de la vaquilla destazada se hizo, a la costumbre de allá, una hoguera que después se convirtió en brasas en las cuales se empezó a asar la carne cortada directamente del animal. El maestro Vasconcelos, como todos nosotros, empezó a saborear la deliciosa vianda con fruición y placer; comía y comía y nunca dijo que no a cada ofrecimiento que se le hacía.

Todos nos pudimos dar cuenta que el viejo rancho don Jesús María contemplaba con una gran sonrisa irónica, pero al mismo tiempo con un gesto de entusiasmo y placer, cómo el filósofo y escritor,

tan leído por aquellos rumbos, principalmente en sus famosas memorias, devoraba la carne al igual que todos los demás vulgares mortales que lo rodeábamos; y el viejo ranchero, sin poderse contener más y a pesar del respeto y admiración que tenía por el maestro, de quien había sido decidido partidario en la campaña política de 1929, ante todos los familiares y todos los amigos que rodeábamos al maestro y compartíamos la amable tarea de saborear la sabrosísima carne asada, le espetó lo siguiente: “Maestro ¿no nos dice usted en su libro, que somos unos bárbaros porque comemos carne asada? No veo que usted le haya hecho mucho asco, y antes creo que le ha gustado a usted mucho, pues ha comido igual que nosotros”.

Aquella ocurrencia del viejo ranchero fue acogida por nosotros con una sonora carcajada, que en verdad fue iniciada por el mismo maestro Vasconcelos, quien celebró la ocurrencia y, como de costumbre, cuando se hacía alusión a alguna afirmación de él, le dijo a don Jesús María: “No tome usted a pecho lo que yo escribo, pues jamás lo vuelvo a leer ni acordarme de lo que dije, y sobre todo, la carne está muy buena, así que no haga usted caso de eso de la barbarie y esas tonterías, y de todas maneras celebro la lección que me ha dado usted”.

“Permanecimos tres días con los encantadores amigos rancheros y durante esos tres días, como es natural, no se comió más que carne en las tres comidas al día, y nunca vi comer con más deleite al maestro Vasconcelos, quien al comentar conmigo la cantidad de carne que había comido en esos tres días, me dijo: “Herminio, la verdad es que yo

había comido la carne en el norte más que asada y en la forma de machaca, pero esos guisos que ha hecho la señora de don Jesús María son deliciosos y pueden con el más refinado guiso europeo”.

“Espero, mi querido amigo don Marte, que estos datos le sirvan a usted para su futura obra sobre



*La frontera de Nogales cerca del año 1900
(imagen cortesía del National Archives and Records Administration).*

gastronomía tamaulipeca, por ser una anécdota absolutamente verídica, y en cierto modo de reivindicación de nuestra cocina norteña, además, la rectificación no sólo de palabra si no de hecho, que hizo el maestro Vasconcelos, de su opinión a priori acerca de nuestra cocina norteña en el aspecto alimenticio. La anécdota es absolutamente verídica y están como testigos el mismo Jesús María hijo (el gran viejo ya murió, don Jesús María), el licenciado Gilberto Suárez, hermano de Jesús María, los licenciados Andrés y

Alfonso Pedrero y el licenciado Salvador Azuela, que había ido a pasar vacaciones con nosotros a Hermosillo, y que fueron también invitados a aquel convite norteño”.

LA INCULTURA DEL NORTE

En realidad, Vasconcelos tuvo siempre un acentuado prejuicio lo

mismo del norte de México que del sur de Estados Unidos, derivado de sus vivencias en esas regiones, como se desprende de citas tomadas, como ejemplo, también de La Tormenta.

En efecto, relatando su estancia en Nogales, Sonora, después de su regreso de Europa, al encuentro con los revolucionarios sonorenses cuando andaban en busca de Carranza, a quien apoyaba en contra de la usurpación de Victoriano Huerta, escribió la siguiente impresión referente a la ausencia de flora, arquitectura, urbanización y estética del Nogales de principios

de siglo, a la que comparó con “el ejemplo del otro lado”, lo que atribuyó e imputó a las autoridades porfiristas y a su ilegitimidad democrática:

“En vano buscaba los nogales que sin duda le habían dado nombre. Apenas uno que otro árbol en calles apartadas, y el centro de una fealdad sin alivio de casas pequeñas de ladrillo; interiores sórdidos, polvo en todas partes, descuido y no por pobreza: por incultura. El ejemplo del otro lado, bien urbanizado, flamante, no habían servido de nada treinta años de porfirismo. Toda la frontera era así bochornosa por el contraste; pero la explicación resulta sencilla: del lado yankee nunca habían habido Santa Annas, Napoleones ni Porfirios Díaz, héroes de la paz... ni futuros jefes máximos de ninguna revolución. Del otro lado sólo había autoridades elegidas regularmente y sujetas a responsabilidades, desde las más altas hasta las más ínfimas”.

Desu estancia en San Antonio, Texas, en el mismo propósito anterior, escribió la insatisfacción que le produjo esa ciudad; la condición de “todos los que se crían en aquellos pueblos del sur... primitivos en la

cultura”:

“Como centro de informaciones revolucionarias, San Antonio resultaba insuperable, como sitio para vivir era un desastre. Ni el cuerpo ni el alma hallaban ahí satisfacción completa. Sin embargo, la presencia de un amigo puede transformar a nuestros ojos la apariencia de un desierto.



Mi amigo de San Antonio era Samuel Belden, mexicano yankee, grandote, bonachón, inteligente, sagaz en política, buen abogado, pero inculto como todos los que se crían en aquellos territorios... El mismo Nueva York parecía una metrópoli refinada en comparación de aquellos pueblos del sur, enormes y mecanizados, pero rudos en el gusto, primitivos en la cultura. Los ha acabado de aplastar el cine; No

sólo lo norteamericano, también lo mexicano se volvía absurdo, bajaba la categoría en la híbrida ciudad que ha hecho el negocio de revolver tamales con enchiladas, frijoles con carne, todo en un mismo plato”.

En nuestro caso no debemos olvidar que el propio origen del nombre de nuestro Estado —Sonora— le viene de sonot-sonota, que en lengua

ópata significa hoja de maíz. Pero tampoco debemos desconocer que, en los tiempos modernos, el sonorenses medio incluye en su dieta cotidiana tanto el trigo y sus derivados, como el arroz, lo que forma nuevos elementos alimenticios e identidad regional.

Sea lo que fuere, el juicio vasconcelista no debe constituir, para los sonorenses, una verdad dogma o estigma fatal; por lo contrario, debe

sernos un acicate, el cual —a partir de la cabal comprensión de nuestras particularidades geográficas e históricas— debe impulsarnos a desarrollar, a plenitud, nuestra innegable vocación humanista, vocación cultural.

Los invitamos a participar en:

El Quehacer Cultural

Si te gustaría compartir con la gente de
tu comunidad alguno de tus escritos puedes

enviarlos a:

contacto@elquehacercultural.com

¡Muchas Gracias!